



lo aberrante en el uso de este término. Pero la respuesta puede ser simple. En realidad cuando el poder habla de calidad habla de estándares de calidad, lo que viene a significar que calidad es sinónimo de "lo que el mercado necesita y de cómo (y cuándo y dónde) lo necesita". Y está claro que lo que el "mercado necesita y cómo (y cuándo y dónde) lo necesita" puede alejarse mucho de lo que cotidianamente entendemos por el concepto de calidad. Calidad en realidad es cantidad disfrazada de buen rollo, de objetividad. (Ya no se trata en la escuela de aprender inglés para comunicarte mejor con el otro sino "porque te puede servir para encontrar mejor trabajo", un trabajo de calidad.) Hace poco tiempo, la vicepresidenta de la CEOE apelaba al hecho de que hay parados "que no valen para nada". Y dicha afirmación es, realmente, lo más cerca que estamos de poder visibilizar el concepto de calidad que maneja tanto este gobierno como el anterior, y en general el poder político heredero del conservadurismo ochentero. Calidad es productividad, pero no sólo eso, productividad adecuada a la situación dada. La calidad de hoy puede diferir de la de mañana en tanto que es el mercado quien decide dónde está la calidad en cada momento. En este sentido, es evidente que el mejor gesto político que nos queda es "no valer para nada". ¿Y si ninguna valiésemos para nada? Yo sé, desde su punto de vista, que no valgo para nada, y la felicidad de carecer de esa calidad me colma. E incluso me pagan por ello. Otro ejemplo. En la universidad española, en el marco de las humanidades, se ha instalado un fantasma, y ese fantasma, obviamente, es el de la calidad. Se arrastra por pasillos, por aulas, por despachos y seminarios, olfateando con el fin de "comprobar para qué vale aquello que haces". Ya lo decía un gran teórico, los que nos dedicamos a las humanidades vivimos con el terror de que algún funcionario del departamento de calidad de algún ministerio descubra que se nos paga por

leer o por dar clases o por escribir ensayos aburridos que "no sirven para nada". Desterrar este concepto ridículo de calidad sería un buen síntoma de sociedad democrática.

Nota. Leía, justo antes de ponerme a escribir esto, el libro de Ben Hamper *Historias desde la cadena de montaje* (Capitán Swing, 2014). Un libro que nos puede servir a modo de genealogía. Hamper retrata a la perfección todo el proceso, lento e inevitable, de cómo este concepto acaba inocularse en nuestras venas. "Fue más o menos por esa época [1985, época Reagan] cuando empezamos a oír hablar de un nuevo concepto hasta ese momento desconocido [...]: la palabra 'calidad'". Añade: "Calidad, calidad, calidad. De repente era imposible levantar la cabeza sin que te taladraran los oídos con aquellos eslóganes y exhortaciones que clamaban la nueva palabra de moda". Y apuntala: "Calidad significaba compradores, y compradores significa ventas. Ventas significaba barrigas gordas y gordas bonificaciones. La calidad hacía que los huesudos dedos se aflojaran sobre las carteras. La calidad era capaz de cambiarlo todo, y se metía en el bolsillo a aquellos que en realidad no podían permitirse un coche. [...] La calidad era el remedio para nuestra enfermedad". Este concepto neoliberal de calidad se ha expandido semánticamente hasta impregnar toda nuestra realidad, alcanzando hasta la última escuela, el último barrio, el último bar; algo que el propio Hamper (mucho mejor que algunos filósofos franceses del momento) supo proyectar. La calidad como la creatividad, ambos conceptos reinsertados en nuestro vocabulario por las grandes empresas, bancos y partidos en el poder, deberían ser palabras a cuestionar, a destruir, a desintegrar. Contra la calidad, siempre.

Las políticas y las estrategias de desarrollo que apuntan hoy más definitivamente son necesaria mente las palabras más raya fin en el propio nomenclátor de